



Noticia acerca del Korán

del Califa Osmán



En los apéndices de su edición anotada de la «*Descripción de Africa, tercera parte del Mundo*», escrita por Juan León Africano», inserta Schefer, traducidos del árabe, párrafos de diversos autores referentes al Korán de la mezquita de Córdoba, de los que por creerlos de gran interés doy la transcripción, vertida al castellano, a continuación:

Translación del Korán de Córdoba a Marruecos.—Construcción de la mezquita de La Kotubiya en esta última ciudad

EXISTÍA en Córdoba, en la gran mezquita, tan célebre en esta ciudad, un ejemplar del Korán del príncipe de los creyentes Osmán ben Affán. Numerosos historiadores, y en particular Aben Pascual, han hecho mención de él. Este precioso Korán, después de haber pasado sucesivamente por las manos de los Omeyas, había llegado a ser posesión de los andaluces, que lo conservaron en Córdoba hasta el advenimiento de los Almohades, época en la cual Abdelmumen lo hizo transportar a Marruecos.

He aquí lo que de él dice Aben Pascual: «El Korán de Osmán, conservado en Córdoba en la gran Mezquita, fué sacado de esta ciudad en la tarde del viernes 11 del mes de chewwal del año 552 (17 Noviembre 1157) durante el reinado de Abu Mohammed Abdelmumen ben Ali y por orden suya. Era uno de los cuatro ejemplares del Korán que Osmán había enviado a las ciudades de la Meca, Basora, Kufa y Damasco. En cuanto a lo que se dice de que en él había sangre de Osmán, la aserción es inexacta. Si la hubiera en uno de estos cuatro ejemplares, sería sobre el de Damasco.»

«Ibn Abdelmelik refiere así las palabras de Abulcasim Et Tedjebý Es-Sibty: El ejemplar de Damasco se encuentra todavía hoy día en la sacristía de la mezquita de los Omeyas, en Damasco; yo lo he visto allí en el año 657 (1259) lo mismo que yo he visto el ejemplar de la Meca en la Qubbet-ech-Cherab. El ejemplar de Córdoba no puede haber sido más que el de Kufa o el de Basora.»

El-Khathib ben Messonq se expresa así en su obra titulada: *El Mesned Es-Sahib* El-Hassan: «Yo he examinado el ejemplar que está en Medina y el que ha sido traído de Andalucía y yo he encontrado que los dos eran de la misma escritura. La suposición de que estos Koranes habrían sido escritos por la mano del califa es falsa; Osmán no ha escrito ninguno de estos dos ejemplares; simplemente han sido revisados por algunos de los compañeros del Profeta, en el número de los cuales se encontraban Zeïd ben Thabit, Abdallah ben Ez Zobeir, Saïd ben El-as. El número de los compañeros del Profeta que Osmán había reunido para esta tarea se halla mencionado en cada ejemplar.

En cuanto a la translación de este ejemplar del Korán a Marruecos he aquí lo que dice en su *Rihla* Aben Rachid, según Abu Zacaria Jahia ibn Ahmed ben Jahia ben Mohammed ben Abdelmelik ben Thofeil El Qaisi, quien lo había leído en el libro de su abuelo el visir Abu Bekr Mohammed ben Abdemelik ben Thofeil: «Abu Saïd y Abu Ja'qub, ambos hijos de Abdelmumen, llegaron de Andalucía y vinieron al encuentro de su padre llevando el ejemplar del Korán de Osmán ben Affán el iman, referente a lo cual no se ha levantado ninguna contestación. Abdelmumen recibió este envío con la mayor pompa y las señales más extremadas de veneración, preocupándose de rendir honor a esta reliquia y de testimoniarle el más profundo respeto. La llegada de este Korán fué a los ojos de todos los verdaderos creyentes un socorro inesperado y una señal del favor divino. El príncipe de los creyentes Abdelmumen había, algún tiempo antes, pensado en este Korán y había deseado vivamente traérselo de la ciudad de Córdoba en donde estaba depositado desde hacía largo tiempo, pero había temido irritar a los habitantes de esta ciudad quitándoles este tesoro y entristecerlos privándoles de este glorioso y santo objeto, y así se había abstenido de desplazarlo. Era pues, en cierto modo, Dios quien le enviaba este precioso regalo y este maravilloso presente sin que le fuera preciso molestar a nadie para hacer su adquisición ni dar la orden de que le fuera traído. Muy por el contrario, Dios había hecho nacer una verdadera satisfacción en el corazón de los habitantes de Córdoba con ocasión de este acontecimiento. Este envío había sido un homenaje rendido a la sinceridad de sus sentimientos y un apoyo contra la adversidad y la desgracia que lo embargaban. Fué contado en el número de los favores celestes concedidos al príncipe de los creyentes Abdelmumen.

Abdelmumen se ocupó en seguida de los honores que habían de rendirse a esta preciosa reliquia. Comenzó, lo primero, por escoger la envoltura con que recubriría este Korán y los ornamentos que lo decorarían. A este efecto reunió a todos los mejores obreros de su capital, de todo el Maghreb y de Andalucía. Reunió así todos los artistas más hábiles: dibujantes, plateros, joyeros, ornamentistas, grabadores, engastadores, ebanistas, pintores, decoradores, encuadernadores y arquitectos, de suerte que tuvo a su disposición cuanto podía allí haber de artistas, de maestros operadores en las artes capaces de llevar a buen fin todas las partes de este trabajo.

En suma se fabricó una cubierta, de la que una parte era de satín y otra de oro y plata, constelándola de toda clase de rubíes y de piedras preciosas en cuanto a su calidad y a su forma incomparable. Esta cubierta fué dispuesta sobre un soporte que se armonizaba con ella por su estructura original y por sus pinturas maravillosas. Este soporte fué colocado sobre un asiento del mismo género y el todo fué puesto en un cofrecillo fabricado a tal uso y cuya descripción nos llevaría demasiado lejos.

Fué en medio de estos preparativos que Abdelmumen dió la orden de construir la gran mezquita de la capital de Marruecos (que Dios la proteja!) La construcción de ella fué comenzada y las bases de su quibla fueron sentadas en la primera década del mes de rebi II del año 553 (2-12 Mayo 1158). Fué concluída a mediados del mes de chaaban del mismo año (12 Septiembre 1158). Esta mezquita era perfecta en todas sus partes; su arquitectura era soberbia, su superficie de las más vastas, su construcción sólida y sus maderajes notabilísimos. Sus lámparas eran de cristal y los peldaños del mimbar así como el cierre del pabellón eran tan bellos que se hubiera admirado lo acabado de su trabajo como si se hubiera empleado un largo espacio de tiempo en ejecutarlos, y sin embargo todo esto había sido terminado en un plazo tan corto que ningún arquitecto hubiera querido creer que se hubiera podido llegar a levantar el plano de ello tan presto y mayormente a acabar su construcción. La plegaria del viernes fué recitada en ella el 14 del mes de chaaban de este mismo año. Después de este oficio, Abdelmumen fué a visitar en peregrinación la tumba del Mahdi en Tinmelel, en donde permaneció durante la terminación del mes y la mayor parte del mes de ramadán.

El llevó en su viaje el Korán de Osmán encerrado en el cofrecillo del cual hemos hablado y también el ejemplar del Korán del Mahdi. Efectuó un gran número de lecturas enteras del Korán en la mezquita del Mahdi y cerca de su mausoleo; después regresó a Marruecos. Los Almohades tuvieron siempre gran cuidado de este precioso Korán; lo llevaban en todos sus viajes para atraer sobre ellos la bendición del Cielo, tal como hacían los Israelitas con respecto del Tabernáculo.

A fines del año 645 (1248) Es Sahid, es decir Ali ben Idris, ben Idris ben Yacub El Mansur, llamado El Motaded-billah, llevó este Korán a Tremecen. Habiendo sido muerto Es Said cerca de esta ciudad, sus tesoros fueron pillados y los árabes hicieron prisioneros a la mayor parte de los soldados de su ejército. El Korán se encontró en el botín y los reyes de la familia de los Beni Abd-el Guâd, señores de Tremecen, habiéndolo encontrado, lo conservaron en su tesoro hasta el momento en que Abul-Hassan, el sultán merinida se apoderó de Tremecen en la última década del mes de ramadán del año 737 (fin de Abril 1337). El se adueñó de este Korán, y para atraer sobre él las bendiciones del Cielo, lo llevó en todos sus viajes y lo guardó hasta su derrota en Tarifa. Cayó entonces en las manos de los portugueses y Abul-Hassan empleó todos los medios para arrancárselo. Por fin fué devuelto a Fez en el año 745 (1344) gracias a la intervención de los negociantes de Azemmur. Abul-Hassan lo colocó de nuevo en su tesoro y lo llevó en el viaje conocido que él hizo a Ifriquiya cuando emprendió la conquista de este país.

En 750 (1349) Abul-Hassan se embarcó en Túnez para volverse por mar a Marruecos en la época en que reina el mal tiempo; así sus navíos naufragaron y un número incalculable de hombres pereció en las olas. Muchos objetos de lo más precio o fueron tragados y entre ellos el Korán de Osmán. Tal fué el fin de este libro.

Ya que acabamos de hablar del Korán de Osmán, conviene que demos algunos detalles sobre el Korán de Ocba ben Nafi El-Fhiri, el conquistador del Magreb. Los príncipes del Magreb se lo transmitieron de mano en mano y se sirvieron de él para atraer sobre ellos las bendiciones del Cielo. Pasaba a los ojos de las gentes del Magreb por ser la segunda copia del libro santo. Abu Abdallah El Jepený, en su libro titulado: *El-Nozhet*, dice a este propósito: «El sultán Abul-Abbas Ahmed el Mansur, conocido bajo el nombre de Edh-Dheheby, cuando renovó la designación como heredero presuntivo de su hijo El Mansur, le envió la orden de venir de Fez. El joven príncipe encontró a su padre en Tamesna y El Mansur recibió en persona el juramento de fidelidad de su hijo en presencia de los notables y de los grandes personajes de la corte. Se trajo para esta ceremonia el ejemplar del Korán que era el de Ocba ben Nafi El-Fihri; era uno de los tesoros de los califas. Se trajeron igualmente los dos Sahih y se leyó la fórmula del juramento de fidelidad. Este acontecimiento tuvo lugar en el año 992 en el mes de xegual (Octubre de 1584). Este Korán de Ocba permaneció en poder de los príncipes Saadienses hasta el fin de su dinastía; pasó en seguida a sus sucesores, los príncipes de la dinastía Ahda de Sidjilmesa, que lo conservaron hasta el reinado de Muley Abdallah ben Ismail ben Ech-Cherif. Este envió a la Meca con la caravana de peregrinos magníficos regalos y el Korán de Ocba se encontraba entre

El autor del Bostan relata lo que sigue: Cuando la caravana de los peregrinos se puso en marcha en el año 1155 (1742) el sultán Muley Abdallah envió veintitres ejemplares del Korán de diferentes formatos pero todos ornados de oro y guarnecidos de perlas y rubíes; entre estos Koranes se encontraba el Korán de Ócba, que los reyes se transmitían por vía de herencia desde la desaparición del Korán de Osmán. Este ejemplar era el de Ocba ben Nafi El-Fihri; había sido copiado en Kairuan sobre el ejemplar de Osmán. Este Korán cayó entre las manos de los Cherifs Zinaditas que se lo transmitieron hasta que llegó a posesión de este sultán Abdallah, que lo hizo pasar de Occidente a Oriente. La perla volvía así a su concha y el oro a su ganga.

El cheikh El-Mesnaui dice a su vez: «Yo he visto este Korán cuando el sultán Muley Abdallah dió la orden de expedirlo hacia la morada del Profeta. Me parece que la fecha de su copia en Kairuan merece discusión, porque ello supondría una gran distancia entre las dos copias. Al mismo tiempo que expedía este Korán el sultán enviaba 2700 jacintos de diversos colores a la tumba del Profeta (que Dios esparza sus mejores bendiciones sobre quien quiera que la visite!)

Don Ricardo Velázquez, en una nota de la página 16 de su Memoria de 1912 de Medina az Zahra y Alamiriya, dice... «no lo estaba (escrito) en Córdoba el que existió en su mezquita de análogo estilo y tamaño... y que fué de ella arrebatado por Abdelmumen y al que tal vez pertenezca la parte del Korán que procedente de la mezquita-tumba de Gur Emir, en Samarcanda, se guarda hoy en la biblioteca imperial de San Petersburgo, del que hay la tradición de que está manchado en sangre de Omar lo mismo que el que se veneraba en la mezquita cordobesa, aunque en éste, según el Edrisi, sólo había cuatro hojas del Korán que Omar escribió por su propia mano. Por investigación hecha en Marruecos por Luis Bigot Valero parece que el Corán de la Mezquita cordobesa se perdió por naufragio del barco que lo conducía al regreso de una de las expediciones militares a las que se llevaba como enseña y reliquia.

FÉLIX HERNÁNDEZ.